

Ciudad de México: territorios de la exclusión

Sara Makowski*

Resumen: Este texto explora las desestabilizaciones que la exclusión social provoca en los espacios urbanos de las ciudades contemporáneas. Particularmente, se analiza el caso de la Ciudad de México y los espacios públicos de su centro histórico ocupados por grupos de jóvenes que viven en las calles y plazas. Como rostros sintomáticos de la exclusión social, los jóvenes de la calle usan y se reapropian de manera diferencial de los espacios públicos altamente patrimoniales, imprimiéndoles la huella de la exclusión y la marginalidad.

Palabras clave: Espacio público. Exclusión social. Jóvenes de la calle

Abstract: This text explores the destabilisations caused by social exclusion in the urban spaces of contemporary cities. In particular, the case of Mexico City and the public spaces of its historical centre, occupied by groups of young people who live in its streets and squares, is analysed. Symptomatic faces of social exclusion, the street youth differentially use and re-appropriate public spaces of historical and patriotic importance, leaving on them the stamp of exclusion and marginality.

Keywords: Public Spaces. Social exclusion. Street youth.

1. Desestabilizaciones

La ciudad como vitrina de la globalización. Grandes edificios de las corporaciones transnacionales que reflejan a través de sus vidrios espejados la concentración de información y las redes comunicacionales, los flujos de capital y mercancías, la aceleración del tiempo y la experiencia, los nodos de servicios globalizados, la profundización de la terciarización de la economía, la diversificación social y cultural de las poblaciones. Frente a las apologías de la decadencia que estremecieron las ciudades en la década de los ochenta, la globalización ha renovado con fuerzas sus potencialidades y ha redibujado el mapa de lo urbano al hacer más complejas sus escalas y relaciones.

Ciudades modernas, megalópolis, urbes translocales: México, San Pablo, Buenos Aires. Macrocentros urbanos, sitios estratégicos, financieros e informáticos que conectan economías y países. Para ser una ciudad global se requiere fuerte presencia de empresas transnacionales, mezcla multicultural de poblaciones nacionales y extranjeras, prestigio por la concentración de élites artísticas y científicas, y un alto número de turismo internacional¹.

La ciudad como vitrina de la exclusión. La potencia globalizadora ha generado una dualización de las ciudades: las globales y las marginadas. Paisajes de violencia, desigualdad, segregación e inseguridad son también parte del repertorio de la globalización. Las fronteras sociales se transforman en fronteras espaciales. En un estudio sobre la ciudad de Sao Paulo, Teresa Caldeira² muestra las cristalizaciones de los nuevos patrones de segregación urbana: cerramientos, límites, enclaves fortificados, espacios de accesos restringidos y controlados, espacios públicos fragmentados.

*Profesora-Investigadora del departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. E-mail de contacto: saraem@correo.xoc.uam.mx

¹ García Canclini, Néstor. *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999, p. 167.

² Caldeira, Teresa P. R. *City of Walls. Crime, segregation, and citizenship in São Paulo*, University of California Press, Berkeley, 2000.

La nueva arquitectura de la ciudad y de los espacios expresa las formas contemporáneas de organizar y controlar las diferencias sociales. Los límites y las exclusiones refuerzan las distinciones y las desigualdades. La experiencia urbana se resguarda y se retrae de la diferencia. Hay un cambio drástico en las formas de representar y simbolizar lo urbano: islas, fragmentos y fortificaciones conforman las ciudades de hoy.

Sobre la ciudad real se traza otra ciudad que responde a las nuevas representaciones sobre la seguridad y el peligro.

En las nuevas torres de Babel la idea de lo público, inexorablemente, se ha ido desestabilizando.

Las transformaciones que han seguido los espacios públicos no sólo están vinculadas a la impronta de las ciudades en tiempos de globalización, sino a las propias redefiniciones de la vida pública: una marcada estratificación de las interacciones sociales, un repliegue sobre lo privado y lo íntimo, y una dispersión cada vez mayor de los marcos tradicionalmente generadores de sentidos socialmente vinculantes.

Los espacios públicos pueden asumir distintas formas y nombres en las ciudades pero tienen en común el hecho de ser abiertos y accesibles, contar con cierta disponibilidad de infraestructura, y permitir la realización de actividades individuales o grupales. Al mismo tiempo que son espacios para la permanencia (estar, admirar y pasear) lo son también para la visibilidad de las diferencias. Los espacios públicos más tradicionales como las plazas, los parques y las calles encarnan el sentido mismo de la experiencia de la ciudad: encuentro con lo distinto, aventura, anonimato.

Pero el tránsito de una dimensión normativa a una más experiencial pone en evidencia que el espacio público está habitado por muchos dioses. Bajo ese politeísmo se cobija una gran variedad de espectros que no siempre son portadores de una vocación democrática, incluyente y tolerante. La experiencia de transitar, usar y apropiarse de los espacios públicos de las ciudades contemporáneas opaca las virtudes del ideal democrático: la exposición a la diferencia y la manifestación de la diversidad no siempre entrañan la tolerancia y el respeto pregonado. El espacio público es, en realidad, un territorio minado en el que no pocas veces estalla la exclusión, la violencia y el racismo.

La denominada multiculturalidad, signo de las sociedades del presente, derrama sobre el espacio público los rostros diversos de las migraciones internacionales, estilos de vida, valores e identidades que expresan la variedad de culturas y grupos sociales que conforman la geografía urbana.

La expresión de la pluralización de los cánones culturales tiene profundas consecuencias para el mantenimiento de un orden democrático y para el funcionamiento de las instituciones públicas que deben gestionar y responder a las demandas cada vez más diversas y fragmentadas de los grupos sociales.

La complejidad social tiene correlatos ineludibles para los espacios públicos. Las fallas en los mecanismos de coordinación e integración social provocan una alta estratificación social de los espacios públicos; es decir, el acceso, la circulación y la permanencia en esos lugares están atravesados por fuertes filtros sociales que discriminan y excluyen.

Los espacios públicos se han fragmentado y se han convertido en compartimentos estancos en los que se reproduce la desconexión y el autismo social que tiene lugar en la propia experiencia urbana.

Parece registrarse dos tendencias opuestas en los espacios públicos contemporáneos. Por una parte, una insularización que no habla más que de las interrupciones de las socialidades. De allí que la experiencia en estos espacios no sea siempre procesada desde la diversidad y diferencia. Los recorridos acotados, fragmentados y altamente homogéneos que los urbanitas realizan en las ciudades los llevan a converger en espacios públicos por los que transitan rostros no muy distintos a los propios. Por otra parte, se registra una explosión tan radical de las diferencias que atenta contra cualquier posibilidad de entendimiento.

La violencia, la inseguridad y el miedo se han vuelto presencias bastante habituales en los espacios públicos. Y como consecuencia de ello se ha producido un cambio en la imagen de estos espacios: bardas, puertas de acceso controladas, patrullaje permanente de guardias de seguridad, restricción horaria, prohibición de ingreso de determinados elementos (alcohol, alimentos, drogas, etc.) que los transforman en espacios mucho más fragmentados, con límites rígidamente establecidos y altamente discriminatorios en los que la desigualdad se volvió el valor organizador³.

Al trasladar al centro del espacio público la cuestión de la alteridad (muchas veces de la alteridad radical), la exclusión social instaura las figuras del miedo, la sospecha y la incertidumbre como regidoras de los intercambios, enturbiando los mandatos normativos y generando altas cuotas de ansiedad. Los procesos de sobreetiquetamiento social y de inflación discriminatoria (los inmigrantes, por ejemplo, no sólo son extranjeros, sino pobres, ignorantes, sucios, etc.) son síntomas de la gran ansiedad y el miedo que conforman la experiencia urbana del presente.

Alimentados de imaginarios sociales diversos pero con un claro anclaje en la sociedad, el miedo, la sospecha y la ansiedad son valencias ineludibles de la nueva espacialidad pública.

2. La otra ciudad

Las calles y los espacios públicos de las ciudades contemporáneas son los escenarios por donde transitan los cuerpos de la exclusión.

La exhibición de la exclusión actúa de manera ambivalente. Por una parte, produce opacidad, indiferencia, rutinización⁴ y anestesia social: cuerpos que la mirada no los puede tocar. Los excluidos se han vuelto parte del paisaje urbano, se tornan fantasmas que deambulan sin ser vistos. Por otra parte, en esos cuerpos adquieren visibilidad muchas de las construcciones espectrales de la alteridad.

En oposición a lo socialmente establecido como normal y moral, los excluidos son síntomas del descontrol, de la sexualidad, de los olores, de la indecencia, de la repulsión, de la suciedad, y del exceso; droga, prostitución y criminalidad se adosan a estos cuerpos que degradan lo público. Son cuerpos que rompen los límites y que por ello están "fuera de lugar"⁵.

La figura paradigmática de la exclusión en las ciudades es la itinerancia. Para algunos autores (Roy, Laberge, Aranguiz y Fecteau), la itinerancia representa la forma extrema de la crisis del lazo social, la última estación de la exclusión social, "el país de todas las rupturas"⁶.

Errantes, vagabundos, sin domicilio, *homeless*, *sans abri*, niños y jóvenes de la calle, deambulan por las topografías de los márgenes. Se trata de una población que ha ido en aumento en los últimos años, y que se ha diversificado considerablemente. La figura tradicional del *clochard* como hombre sólo, de edad avanzada y muchas veces enfermo, ha sido reemplazada por una población que registra cada vez más una mayor presencia de mujeres y de jóvenes.

Un conjunto de problemas acompaña a los itinerantes: pobreza extrema, toxicomanía, alcoholismo, VIH Sida, disturbios mentales, violencia, prostitución, problemas físicos, rupturas afectivas.

Contingentes de nómades que comparten todos por igual, más allá de sus especificidades biográficas y colectivas, el desarraigo. Los itinerantes son personas que agotaron todas sus redes y recursos⁷, que no tienen lugar; son sujetos sin inscripción social. Son los "inútiles para el mundo".

En esa deriva que conforma el mundo vital de los itinerantes, el no reconocimiento social de un lugar se conjuga con la pérdida del sentido de filiación que los borra también de una historia familiar. La recurrencia en el cambio de nombres, los apodos, y el olvido del entorno familiar son sintomáticos del desarraigo socio-afectivo y familiar.

³ Idem, p. 04.

⁴ Sibley, David. *Geographies of exclusion*, Routledge, London. 1995.

⁵ Wright, Talmadge. *Out of place. Homeless mobilizations, Subcities, and Contested Landscapes*, State University of New York Press. 1997.

⁶ Aranguiz, Marcela y Jean-Marie Fecteau. "L'école de la precarité: vagabonds et errants à Montréal au tournant du siècle", en Danielle Laberge, *L'errance urbaine*, Éditions Multimondes, Québec, 2000, p. 11.

⁷ Fontan, Jean-Marc "Entre la gestion socialisée et l'autogestion d'une pratique, quel devenir citoyen pour l'itinérant?", en Danielle Laberge. 2000, p. 77.

Las calles de muchas de las ciudades de América Latina no son únicamente lugares de tránsito, recreación, consumo y trabajo; son también las pasarelas de la miseria, de la degradación social y de la marginación. El fracaso de las políticas de ajuste, el retiro del estado, la deuda externa y las resonancias de crisis económicas foráneas lanzaron a las calles a las franjas más vulnerables de la población: niños y adolescentes, meninos de rua, jóvenes de la calle, chicos de la calle, chupapegas, malandros y gamines.

A partir de 1980 la presencia de la infancia y la adolescencia en las calles se extendió y se acrecentó. La necesidad del trabajo infantil como medio de reproducción y sobrevivencia de las familias pobres, potenció que los menores utilicen las calles para el trabajo informal.

En esa década, y en la Ciudad de México, contingentes de menores callejeros adquieren una visibilidad mayor y comienzan a incorporarse al paisaje urbano al ocupar calles, plazas y terrenos baldíos de algunas zonas de la ciudad. Niños que venden dulces, que limpian parabrisas, que lavan y cuidan autos, tragafuegos, malabaristas y limosneros son algunas de las formas que adquiere el trabajo infantil informal en las calles.

La intensificación de la presencia de los menores en la calle dio lugar a diversas formas de nombrar este fenómeno: infancia en riesgo, niños en situación especialmente difícil, menores vulnerables y en situación de riesgo, callejeros, niños en situación de calle, niños en la calle y niños de la calle, entre muchas otras.

Los datos más recientes elaborados por un estudio realizado por el DIF-Unicef-DF⁸ señalan que 14322 niños, niñas y adolescentes usan las calles y otros espacios públicos de la Ciudad de México como lugares de trabajo y vivienda. El grupo que de este universo declara abiertamente que vive en la calle está compuesto mayoritariamente por jóvenes adolescentes, que en un 79% tiene más de 12 años. Un 56% de los jóvenes que viven en la calle reportó como causa del abandono de la familia el maltrato, y un 69% de estos niños y jóvenes entre 6 y 17 años ha sido detenido por la policía.

En años recientes se ha detectado un aumento en la cantidad de años en la permanencia en la calle de estos niños y jóvenes, extendiéndose hasta la edad adulta. En los últimos años de la década de los 90', la presencia de familias enteras que viven en la calle se intensificó, y en algunos puntos de la Ciudad de México las parejas con hijos nacidos en la calle superan el 30% del grupo.

La presencia de niños y jóvenes que viven en los espacios públicos encarna un conjunto de imágenes, prejuicios y fantasmas sociales. En esos cuerpos se cristalizan los miedos a la descomposición social. Cuando los habitantes de la calle exhiben la suciedad, el rechazo, el exceso, la prostitución y la criminalidad, fijan fronteras y límites difíciles de traspasar. Según un imaginario social que diferencia lo que es normal de lo patológico, lo moral de lo amoral, ellos son los que llevan la marca de la desviación social y de lo patológico: son cuerpos que rompen los límites, que están "fuera de lugar". Operativos policiales permanentes para desalojarlos del espacio público, traslado de estos niños y jóvenes a instituciones de asistencia pública o privada, a centros de desintoxicación o a cárceles, son operaciones que tienen como finalidad "poner en su lugar" a los "fuera de lugar".

La salida a la calle y el consecuente rompimiento con el entorno familiar obedece a un conjunto de factores: violencia, maltrato y abuso sexual, pobreza e insuficiencia de recursos materiales, abandono, aburrimiento, sobrecarga de tareas en el hogar, atractivo de la calle y deseo de aventura. Lejos de las explicaciones absolutistas que enfatizan un sólo factor (económico, psicológico, etc.), la salida a la calle es un fenómeno multicausal.

Asimismo, hay que señalar que la salida del hogar no ocurre de un día para otro, sino que existe una acumulación de experiencias y contactos que llevan al niño o al adolescente a preparar la decisión. Hay una especie de "carrera hacia la calle" a lo largo de la cual el niño pasa por períodos más

⁸ Estudio de niñas, niños y jóvenes trabajadores en el DF. DIF-DF-Unicef. 2000. México.

o menos largos entre la calle y su hogar, momentos en los que se van distendiendo los vínculos familiares⁹.

Esta idea permite tomar distancia de los planteamientos más victimizantes que emplazan al niño o al adolescente en una situación socio-económica y familiar tan determinante que lo vuelven preso de esos constreñimientos.

Se podría decir que a pesar de las condiciones objetivas que sin duda constituyen un contexto ineludible, hay siempre una “presencia” del sujeto en la salida a la calle.

En la misma decisión de romper los lazos familiares –aún débiles y patológicos- y de lanzarse a la experiencia de la sobrevivencia en la calle hay trazos y huellas de una participación activa del niño o adolescente.

La vida en la calle transforma a los niños y jóvenes en itinerantes urbanos, sujetos que se desplazan y son desplazados del espacio público, que deambulan por las calles y plazas, salidas de metro, mercados, cruceros y avenidas.

La itinerancia, como forma límite de la exclusión social, expresa que estos niños y jóvenes han sido expulsados de los pocos y débiles circuitos contenedores: la familia, la escuela, el barrio o la comunidad de pertenencia. La calle les dota de una identidad, “ser de la calle”, y como tales son interpelados y etiquetados, pero al mismo tiempo vivir en la calle significa no tener domicilio fijo, no tener lugar, ser un paria urbano.

3. Apropiación diferencial del espacio público

En el centro Histórico de la Ciudad de México, la Alameda, el legendario jardín de la Ciudad de México que nace en 1592, es sedimento de la memoria histórica de la Colonia, del México Independiente, de la Reforma, de la Revolución Mexicana y de la época contemporánea. Ha soportado estoica cambios políticos, transformaciones sociales y poblacionales, renovaciones urbanas y sismos.

Frente a la Alameda, en uno de sus extremos, se encuentra la Plaza de la Solidaridad. Se trata de un espacio con una historia más reciente, y que carece de una tradición tan vasta y cristalizada.

La Plaza de la Solidaridad fue erigida sobre las ruinas del famoso Hotel Regis que sucumbió a los sismos del 85', junto con el edificio de Salinas y Rocha y otros terrenos aledaños. En 1986 se plantó el primer árbol en lo que se llamó en ese año el Jardín de la Solidaridad, nombre que evocaba la solidaridad de la ciudad y del país ante la tragedia del terremoto.

Junto a la permanencia, a la monumentalidad y a la historia oficial la Alameda cobija, también, la marginalidad, la exclusión y las memorias olvidadas de sujetos y grupos socialmente borrados. Entre sus bancas, parquecitos interiores y sus rincones niños, niñas y jóvenes, que dejaron sus hogares y sus familias por causas de maltrato, abuso sexual y abandono, encuentran refugio.

Errantes, vagabundos, sin domicilio, los niños y jóvenes de la calle deambulan en los márgenes de las topografías de la memoria. Son excluidos de la historia y se han vuelto parte del paisaje urbano, son fantasmas que transitan sin ser vistos. ¿Quién repara en esos cuerpos arrinconados por la droga y la indiferencia?

Del vasto territorio físico y simbólico de la Alameda, los niños y jóvenes de la calle se apropian de espacios menores en donde arman precarios campamentos para dormir y protegerse de las inclemencias del tiempo. Son espacios que tienen una existencia más allá de la funcionalidad; en esos lugares recortados por el uso y los recorridos cristalizan los sentidos y las socialidades que hacen de la errancia urbana una experiencia de recomposición y amalgamamiento grupal.

Por encima, por debajo o por detrás de la trama de la Alameda se van consolidando esos territorios refugio donde los desamparados reescriben otra historia y otra memoria.

⁹ Lucchini, Riccardo, “Images de l’enfant en situation de rue et interventions”, en Tessier Stéphane, dir. *A la recherche des enfants des rues*, Éditions Khartala, Paris, 1998.

Los espacios públicos de la Alameda y la Plaza de la Solidaridad, en el Centro Histórico de la Ciudad de México, así como otros espacios cercanos ocupados por los jóvenes que viven en la calle, son objeto de intensas operaciones de uso y apropiación diferencial que generan resemantizaciones y cambios de códigos que pueden, incluso, trastocar por momentos la naturaleza de lo público. Cuando en un mismo espacio se llevan a cabo de manera simultánea la satisfacción de las necesidades biológicas y sociales, se produce una sobrecarga de funciones, usos y sentidos del espacio.

Las zonas de la Alameda y de la Plaza de la Solidaridad se vuelven, al mismo tiempo, hábitat, lugar de trabajo, espacio de socialidades e interacciones, reductos de la intimidad, sitio de tránsito e intercambios, y recodos para las evacuaciones fisiológicas. Mientras para los transeúntes, los paseantes, los vecinos y los planificadores urbanos se trata de espacios públicos, para los jóvenes de la calle estos lugares permutan constantemente sus códigos en público, semipúblico, privado y semiprivado.

Los campamentos temporales y precarios que los jóvenes de la calle arman en estas zonas hacen funcionar a una parte del espacio público como espacio privado.

El desarrollo de las socialidades y de ciertos intercambios grupales (como los vinculados con el consumo y circulación de la droga) transforman el espacio público en uno semi-privado que excluye la mirada y la presencia de los otros.

Las actividades relacionadas con la mendicidad o con la realización de actos delictivos menores hacen funcionar al espacio público en clave semi-pública que de alguna forma filtra la visibilidad y la presencia.

Finalmente, transitar, desplazarse, hacer uso de la infraestructura disponible en el espacio público es mantener su carácter público.

Esta suerte de recodificación de la espacialidad que generan los usos intensivos y las apropiaciones diferenciales da cuenta de un doble proceso. Por una parte, se produce una superposición de valencias que vuelve densa la legibilidad del espacio, y que crea una topología de lugares que funciona visibilizando/invisibilizando la exclusión social. Esta lógica potencia, a fin de cuentas, una mayor vulnerabilidad: sujetos permanentemente expuestos en el espacio público cuyos actos se vuelven más proclives a lindar con lo no permisible: robar, drogarse, orinar y defecar en la vía pública, por ejemplo.

Por otra parte, los usos y apropiaciones diferenciales que los excluidos realizan del espacio público se traducen en una alta segmentación y diferenciación de la espacialidad. Es interesante observar cómo los espacios públicos de la Alameda y la Plaza de la Solidaridad estallan en una diversidad de lugares fuertemente mediados por el “trabajo” que en ellos invierten los jóvenes de la calle.

En la superficie de un mismo espacio coexiste una diversidad de lugares, en los cuales latén significaciones diversas. Estas nuevas significaciones producen una desestabilización de los sentidos asociados con esos espacios.

La vida cotidiana y las rutinas marcan los recortes y la definición de los lugares que los jóvenes de la calle hacen en los espacios públicos. Múltiples son los factores que convergen para traducir el espacio en un lugar: infraestructura, accesibilidad, visibilidad/invisibilidad, seguridad, socialidad, y afectividad. Los lugares para dormir, para trabajar, para la intimidad y para la socialidad no son los mismos; cada uno de ellos está irrigado por sentidos particulares.

Los lugares se conforman también por la irrigación de afectividad y socialidad; el intercambio, las experiencias que condensaron determinados sentimientos y emociones, la sensación del estar juntos, los juegos, y la densidad cohesionadora de los afectos construyen los lugares propios, aquellos que se guardan en la memoria y se idealizan. Esos son lugares que hacen de la calle la casa.

La fuerte segmentación que genera el uso intensivo y cotidiano del espacio público por los jóvenes de la calle, lo modula según escalas, jerarquías y fronteras distintas.

Hay diferentes escalas espaciales que intervienen muy directamente en la experiencia del espacio. Hay lugares acotados, con límites fijados por el propio grupo, vinculados con el hábitat: los campamentos que los mismos jóvenes arman con materiales de desecho que encuentran tirado en las calles, las bancas que se ocupan, las fuentes que se utilizan, los cruceros y calles próximos. Son los lugares sentidos como más propios que contienen, que protegen, que envuelven con la mirada y con los cuerpos de los pares.

Seguidamente, hay espacios intermedios que son aquellos en los que se localizan los otros próximos como los ajedrecistas que comparten con los jóvenes de la calle el espacio de la Plaza de la Solidaridad y agentes de las redes de sobrevivencia (ambulantes, trabajadores de instituciones u organizaciones); estos espacios exceden el territorio acotado del hábitat y se vinculan más con los intercambios y socialidades con otros.

Finalmente, hay espacios de escalas mayores en los que los jóvenes de la calle pueden pasar desapercibidos; es el espacio más vasto del Centro Histórico y de la ciudad que transitan cuando deben abastecerse de comida o ropa, cuando se dirigen a algunas instituciones, hospitales, eventos recreativos o deportivos.

La alta segmentación de la espacialidad revela, además, la existencia de jerarquías: hay lugares de la policía, lugares para los turistas, lugares para los ajedrecistas, de los cuales están excluidos los jóvenes de la calle; hay otros pocos lugares en los que les está permitido circular y establecerse hasta que la amenaza del desalojo policial se hace una realidad.

4. Inversiones simbólicas e imaginarias al espacio público

Las características físicas del espacio público ocupado por los jóvenes de la calle y la garantía de ciertas condiciones mínimas para la permanencia temporal habilitan el despliegue de una táctica¹⁰ residencial por parte de los jóvenes de la calle, que cristaliza en la construcción de un campamento conformado por dos, tres o cuatro casitas. Cuando la decisión de establecer un campamento está tomada, comienza el proceso de búsqueda y acopio de los materiales para su construcción.

Las casitas además de ser hábitat que cobijan y protegen del medio ambiente constituyen también pequeños depósitos -privados y colectivos- en los que se atesoran las posesiones¹¹ que han logrado sobrevivir a los desalojos policiales o aquellas recientemente adquiridas durante el montaje del campamento.

De procedencia diversa, en estados de conservación desigual, de pertenencia individual o compartida, la gran cantidad de objetos que conforman la cultura material de este grupo construyen fuertemente el sentido de casa para los jóvenes de la calle. Sillones, televisión, radio, equipo de música, cajas de cartón, cobijas, ropa y zapatos, instrumentos para la limpieza, mochilas, juguetes transforman el precario espacio del campamento en un hogar.

A pesar de la precariedad y de la temporalidad inestable, estas cosas son las que permiten mantener cierta consistencia y continuidad¹², y ensayar entramados breves de historias y memorias fugaces.

El hábitat se vuelve el soporte privilegiado de los sentidos y de las memorias individuales y colectivas. La materialidad de las casitas sostiene un entramado denso de significaciones que se actualiza de forma permanente con cada construcción/destrucción¹³.

El hábitat es un *bricolage* de significaciones¹⁴; un ensamblaje de recuerdos, historias y emociones que se inscribe en el espacio y deja huellas, a veces indelebles y otras veces más evanescentes. Y junto al *bricolage* se activan operaciones simbólicas que al mismo tiempo que dotan a cada espacio de una singularidad propia lo enlazan con otros espacios anteriormente habitados real o imaginariamente.

¹⁰ Retomo la idea de "táctica" planteada por Michel de Certeau (1990 : 43): " llamo táctica a la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio. Por tanto ninguna delimitación de la exterioridad le proporciona una condición de autonomía. La táctica no tiene más lugar que el del otro".

¹¹ Miller, Daniel, Edited By, *Home Possessions. Material culture behind closed doors*. Berg. United Kingdom. 2001.

¹² Marcoux, Jean-Sébastien. « The Refurbishment of Memory ». En ; Daniel Miller (Edited by). 2001.

¹³ El montaje del campamento y el armado de las casitas es un proceso siempre expuesto a la destrucción, cuando los operativos policiales irrumpen y destruyen las casitas, tiran a la basura todas las pertenencias y desalojan a los jóvenes de los espacios públicos que ocupan.

¹⁴ Bonetti, Michel. *Habiter. Le bricolage imaginaire de l'espace*, Hommes et perspectives, Marseille, 1994, p. 17.

Michel Bonetti¹⁵ señala que el hábitat de la infancia se constituye como una matriz de experiencias de los espacios, y que como una napa subterránea¹⁶ se infiltra en los sucesivos espacios que habita el sujeto. Aún en los casos de abandono traumático del hogar familiar, no hay posibilidades de desentenderse de ese universo primario. Los borramientos u olvidos de la casa familiar reemergerán trastocados como repeticiones.

El temprano abandono de la casa familiar en el caso de los jóvenes de la calle, siguiendo a Bonetti, los volvería portadores vitalicios de esas experiencias primarias ligadas al hábitat de la infancia.

El incesante acto de los jóvenes de la calle de hacer y rehacer las casitas en el espacio público, está modulado, por supuesto, por la cíclica intervención de los operativos policiales y los desalojos forzados. Pero hay algo de esa matriz originaria señalada por Bonetti que también atraviesa el montaje y desmontaje del hábitat de este grupo. La experiencia del espacio de la infancia, para estos jóvenes, se liga fuertemente a vivencias y emociones de abandono y de olvido. El espacio actuante de la infancia hace que cada nueva experiencia de habitar reedite ese sentido arcaico de pérdida. Por eso en cada acto de habitar, en cada casita que se arma, late siempre la pérdida: su destrucción.

Al explorar los recuerdos y la memoria sobre la casa de la infancia de los jóvenes de la calle, en casi todos los casos se mencionaban construcciones muy precarias, pequeñas y en las que convivían, en proximidad con la situación de hacinamiento, muchos miembros de la familia. No había espacios para la intimidad, y en muchas ocasiones incluso se compartía la cama y las cobijas con hermanos.

La precariedad material de las casitas que se arman en el espacio público, el hacinamiento, las distancias entre la vivienda y el baño, la proximidad de los cuerpos, el amontonamiento de cosas, y el compartir espacios y cobijas, hacen visible que la casa de la infancia y la casita en la calle están enlazadas material y simbólicamente. Este es el nexo con el pasado, al decir de Bonetti, que cada nueva instalación en un espacio reactualiza.

En el caso de los jóvenes de la calle este nexo con el pasado se establece, además, con los otros espacios públicos habitados con anterioridad. En las casitas de la Plaza de la Solidaridad no solamente hay huellas de las casas de la infancia de sus habitantes, sino también de las casitas que en otras épocas estos mismos jóvenes montaron en la Plaza de Zarco, en las alcantarillas del Museo Franz Mayer y de la Alameda, y del campamento en la Alameda. Todos éstos, espacios públicos que se encuentran unos muy cerca de otros, en el espacio del Centro Histórico de la Ciudad de México.

¿Qué casa se habita? Tal vez todas y ninguna a la vez. La construcción de las casitas es una forma de búsqueda incesante de un lugar, de algún lugar.

Las inversiones simbólicas beben de la fuente de la memoria y de las biografías individuales y grupales, e implantan con fuerza sentidos y significaciones que dejan estelas aún en contextos de alta precariedad y fragilidad. El hábitat está densamente compuesto por recuerdos, huellas y marcas de sus habitantes y de sus historias.

La producción simbólica e imaginaria del hábitat es al mismo tiempo una forma de invención del sí mismo y de la grupalidad. En cada montaje material e inmaterial de las casitas, los jóvenes de la calle se reinventan a sí mismos: se emplazan como personas en un lugar.

Las inversiones simbólicas en el espacio público habitado revelan una paradoja: los sin lugar están siempre haciendo un lugar. El espacio poblado de sentidos y fantasmas se vuelve texto de reescrituras biográficas y grupales.

¹⁵ Idem, p. 71.

¹⁶ Idem, p. 68.